

RAVELOW

TOMO 1. PRIMERA PARTE

MOISÉS
PATÓN
RODRÍGUEZ

LA SAGA QUE SIEMPRE
SOÑASTE COMENZAR



RAVELOW

RAVELOW

TOMO 1. PRIMERA PARTE

MOISÉS PATÓN RODRÍGUEZ

Primera edición: mayo 2021

Depósito Legal: AL 1279-2021

ISBN: 978-84-1104-069-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Moisés Patón Rodríguez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustraciones: Quike Paton. Perfil Instagram: quike_paton

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

AGRADECIMIENTOS

Principalmente quiero agradecer a mis padres todo el apoyo que me han dado, desde el principio del proyecto, desde el capítulo uno de este primer libro, han estado ahí, alentándome, infundiéndome ánimos sin parar, transmitiéndome tanto ilusión como confianza, sin dejarme desfallecer, sin permitir que a lo largo de los años (que ya son unos cuantos) pudiese perder la fe o la fascinación por esta historia.

¡Esto es muy bueno hijo mío! ¿De verdad que lo has escrito tú? ¿Cuándo nos traes el siguiente capítulo? ¿Pero ya lo tienes terminado? ¡Necesitamos saber cómo continúa!

Infinitas gracias a mi mujer, quien no solo es que haya estado siempre «ahí», sino que ha sido mi fortaleza, la que no me permitió abandonar cuando me llegaron los momentos de duda, porque siempre llegan, ¡creedme! Es la persona en este mundo que más ha creído en mí, y para demostrármelo, durante el confinamiento del «jodido» 2020 ha pasado cientos de horas a solas consigo misma para que yo pudiese escribir, sin quejarse, sin un solo reproche, sin una mala palabra, disfrutando conmigo de mi sueño, ilusionada solo por verme disfrutar a mí.

Muchas gracias también a mi hermano, ilustrador como la copa de un pino que se ha entregado en cuerpo y alma a este proyecto, dándole vida, llenándolo de color, plasmando en el papel el universo de Ravello como yo jamás hubiese podido imaginarme. Mención especial por aguantar mis constantes cambios de última hora y mis «caprichosos» detalles en cada dibujo. ¡Un diez para ti!

Y luego está mi hija, que a sus nueve añazos ya tiene unas ganas locas de que el primer libro salga a la luz, posee una ilusión bárbara (y contagiosa) de que todo el mundo conozca este nuevo y desconocido

planeta, al igual que a sus protagonistas, aunque eso sí, me ha reñido en innumerables ocasiones por escribir demasiados tacos:

–Papi, ¡no me gusta que digas tantas palabrotas!

–No cariño, ¡no soy yo! Es que a veces los protas están enfadaos y se les escapan, pero lo dicen sin querer.

Leyendo yo mismo estas letras, me doy cuenta, de que al final, discutamos lo que discutamos, y nos pongamos como nos pongamos, la familia siempre es la familia, siempre están ahí contigo, arropándote, en lo bueno y en lo malo, en tus sueños e ilusiones, compartiéndolo todo contigo, sufriendo por ti, y a la vez, emocionándose a cada pequeño paso que avanzas en tu particular camino. Joder, que al final no hay nada como la familia coño...

P.D.: ¡Hostia! Pues a lo mejor mi hija tiene razón y sí que escribo muchos tacos. ¡Que no! Os prometo que «muchos» no.

CAPÍTULO 1

LA CARA OCULTA DE LA LUNA

El 20 de julio de 1969 Neil Armstrong pisó por primera vez la Luna, y, junto con él, todos los habitantes de nuestro planeta, que llevaban pendientes de esta gran hazaña muchos años.

Fue, palabras textuales de Armstrong, «un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad...».

Pues bien, la humanidad, a día de hoy, aún no tiene ni la más remota idea del paso que dimos realmente al conquistar la Luna.

Se realizaron un total de seis visitas a nuestro satélite natural. Ese mismo año, en 1969, se produjo el segundo alunizaje, y fue esta segunda visita a la Luna la que lo cambió todo.

Durante esta misión, mientras el cohete la orbitaba, se divisó por su cara oculta algo inquietante. ¿Existía una estructura! ¿Pero eso podía ser posible? Pues, al parecer, sí. De hecho, no hubo dudas al respecto, allí abajo se podía contemplar algo totalmente artificial, algo que alguien había construido expresamente.

Como no podía ser de otra manera, todas las alarmas saltaron en aquel instante. ¿Qué era esa estructura? Y, sobre todo, ¿quién la había puesto allí?

Estábamos en plena guerra fría, así que los americanos pensaron en primera instancia en los rusos, ¡cómo no! Aunque, por otra parte, tenían la certeza absoluta de haber sido ellos los primeros en pisar la Luna. ¿Alienígenas entonces? Desde luego parecía la opción más razonable, la más viable al menos. Pero, si eso era cierto, significaba de forma rotunda que no estábamos solos en el universo, y no solo eso, ¡significaba muchísimo más! Significaba que, mientras nosotros lográbamos la mayor de nuestras gestas espaciales y conseguíamos pisar la

Luna de puntillas, ellos ya habían tenido tiempo, recursos y tecnología para construir algo en nuestro satélite, ¡al lado de nuestra casa! Y eso generaba tanta curiosidad como miedo.

No había nada más que hablar. No había nada que pensar. Había que comenzar a organizar inmediatamente nuestro tercer viaje espacial. Esta visita tuvo como única misión el aterrizaje en la cara oculta de la Luna con el fin de acceder al interior de esta sospechosa estructura, y realizar un reconocimiento exhaustivo de dicha plataforma. No se podía ignorar la posibilidad de que hubiese vida extraterrestre allí, y tampoco se podía descartar que fuese hostil, así que esta misión fue única y exclusivamente un despliegue militar.

La misión (en cuanto al aterrizaje se refiere) fue un éxito, se alunizó sin sobresaltos a una distancia razonable de la estructura lunar, y, tras un pequeño paseo espacial, los militares pudieron entrar sin demasiadas dificultades. El acceso se realizó girando una simple palanca mecánica que abría una puerta, así de sencillo. Ya en el interior se encontraron en un diminuto habitáculo que tenía otra compuerta. Esta segunda, pese a tener el mismo mecanismo de apertura, no se podía abrir de ninguna de las maneras. Tardaron unos cuantos minutos en darse cuenta de que no podían abrir la segunda sin cerrar antes la primera, parecía un protocolo de seguridad para dar estanqueidad a la sala. Una vez averiguado esto, accedieron por fin (y sin problemas) al interior de la estructura, a la sala principal. No había cerraduras, no existían llaves, no había modernos ni sofisticados controles de acceso. Nada complicado para empezar.

La estructura era una cúpula, una semicircunferencia de dimensiones bastante reducidas. Nada más entrar se encontraron en una sala circular vacía con grandes ventanas a través de las cuales se podía divisar de forma majestuosa la superficie lunar, pero ahí acababa todo, no había más habitaciones. No existía ningún tipo de dependencia más. ¿Ya está? ¿Eso era todo? En lugar de alivio, los militares sintieron en aquel momento algo de decepción, pero esa sensación solo les duró un instante, porque desde luego preferían no tener que enfrentarse a «alienígenas hostiles», que era el peor de los casos para el que venían preparados. Aunque lo cierto es que sí que esperaban ver algo más inquietante y extraordinario. ¡Algo más interesante que una sala vacía!

Fueron un total de doce astronautas los que entraron por primera vez en la cúpula, todos ellos militares. Eran la élite de las fuerzas espe-

ciales americanas, y, por supuesto, iban debidamente armados y preparados para la ocasión. Mentalizados de que «quizás» aquella extraña estructura lunar estaría ocupada, y que «tal vez» tuvieran que emplear la fuerza si los huéspedes decidían que su visita no era bien recibida, ¡algo que desde luego podía suceder!

Tenían órdenes presidenciales de no disparar sin preguntar. Encontrasen a quien encontrasen, estaba prohibido abrir fuego primero. Pero, en caso de hostilidad, debían responder en consecuencia y con contundencia.

Pasados unos minutos, con los nervios iniciales ya templados y la tranquilidad asentada en el cuerpo, los soldados bajaron la guardia y las armas al verse solos en esa sala vacía. Acto seguido había que comprobar la atmósfera del habitáculo, y, ¡sorpresa! ¡El interior de la cúpula tenía niveles aptos de oxígeno para respirar! Pero ¿cómo podía ser posible? No existía ningún respiradero ni en las paredes ni en el techo de la sala, pero, entonces, ¿de dónde provenía el aire? Inmediatamente, uno de los militares desplazó la mirada hacia el único lugar que realmente les faltaba por explorar: ¡el suelo!, y vio unas rejillas por las cuales efectivamente parecía entrar una ligera brisa. Resultaba evidente que podrían respirar sin el casco, las lecturas de sus aparatos así lo confirmaban, pero lo que estaba aún más claro era que ¿ese aire debía venir de algún sitio! Y debían averiguar de dónde. Por ello, por precaución, absolutamente nadie se quitó el casco del traje, todos continuaron con la respiración artificial de la bomba de oxígeno.

Tocaba explorar detenidamente el suelo de la cúpula. Y, finalmente, además de las rejillas que hacían de respiraderos, hallaron una trampilla, lo que parecía ser un acceso a un nivel inferior, quizás acababan de encontrar lo que habían venido buscando. Y la cosa se ponía tensa. ¡Todos con las armas cargadas! Nerviosos, a la par que preparados, apuntando hacia abajo y listos para abrir la compuerta, ¡para entrar en acción!

El capitán de la misión fue el encargado de hacerlo. Y, cuando lo hizo, se encontraron con la segunda gran sorpresa. Al abrir la trampilla surgió una tenue luz blanca que les iluminó. Y lo que vieron fueron unos escalones que les invitaban a inspeccionar el acceso inferior de la cúpula. ¡Y todo parecía perfectamente iluminado!

Realmente los militares no daban crédito a lo que estaban viendo. Y su primer pensamiento, fue que, si había luz, ¡debía haber com-

pañía allí abajo! Así que solo dos de ellos se quedaron en la sala de arriba, apuntando sus armas sin pestañear permanentemente a los dos accesos, la trampilla, y la puerta principal por donde habían entrado.

El capitán descendió el primero. ¡El estado de agitación era absoluto! ¡No sabían qué o quién les esperaba allí abajo! Los nueve soldados restantes acompañaron a su líder en el descenso, uno detrás de otro. ¡Todo fue muy rápido! Las escaleras les dirigieron a otra sala inferior, y, una vez allí, los diez se posicionaron y controlaron la habitación hasta cerciorarse de que también estaba vacía, al menos de gente, porque lo que sí que había en esta sala (no como en la de arriba) era una puerta y una ventana, y ambas comunicaban con una tercera habitación, una dependencia colindante.

Y, cuando el capitán se asomó a dicha ventana para observar la sala contigua, encontró algo para lo que no le habían entrenado. En esta tercera habitación, que más que una habitación era una cueva, al fondo, pegado a una de las paredes, se divisaba claramente lo que parecía ser una especie de arco... ¡Una puerta!, pero con una particularidad, el arco no tenía fondo alguno, ¡estaba hueco! Se podía interpretar un vacío en su interior, un fondo de color negro como el mismísimo espacio exterior... ¡Y emitía unas pequeñas luces brillantes! ¡Decenas de puntitos parpadeantes que parecían incluso estar en movimiento!

Sí. Desde el primer vistazo que le echaron, los primeros visitantes de nuestro planeta en aquella estructura espacial no fabricada por el hombre tuvieron la escalofriante sensación de que se trataba... ¡de un portal a otro mundo!

La incredulidad invadió a todos los presentes en aquel instante. ¡De verdad era lo que parecía? ¡Solo había una forma de averiguarlo!, así que finalmente los militares entraron en esa tercera y última habitación de la cúpula, y dieron fe —aunque por supuesto sin atreverse a cruzarlo— de que lo que tenían enfrente era una entrada a algo desconocido.



¡Ahí terminó la inspección! Ya no había más dependencias, no más puertas ni trampillas. Aquella estructura lunar poseía tres habitáculos: uno superior y dos subterráneos. Entonces comenzó la documentación gráfica de la cúpula al completo. Los soldados se quitaron los cascos y verificaron que efectivamente podían respirar aquel aire; también acabaron deshaciéndose de los trajes, ya que la temperatura allí era agradable. Todavía no entendían el porqué del aire ni de la temperatura, pero documentaron exhaustivamente todo lo que se podía ver y tocar mediante vídeos y fotografías.

Por supuesto, el portal era el punto de inicio a estudiar, la incógnita principal por así decirlo, ¡pero no menos importantes eran las paredes!, ya que la segunda y tercera sala estaban repletas de escrituras, jeroglíficos más bien, un lenguaje totalmente desconocido para los militares. Además, igual de interesante fue el hecho de que se encontraron varios objetos en la sala del portal. El primero de ellos fue un cuchillo, viejo y bastante rudimentario, ¡pero un arma al fin y al cabo! También aparecieron una especie de sandalias muy antiguas, un calzado que por la apariencia debía llevar ahí cientos de años. Y, por último, pero no menos importante, hallaron un extraño objeto, un instrumento metálico que ninguno de los presentes había visto antes. Nadie pudo intuir lo que era ni para qué podía servir aquel artilugio de metal, el cual era

pesado, muy pesado, macizo, y con una forma muy peculiar. Era como una especie de *boomerang*, pero muchísimo más grande, tenía dos empuñaduras en sendos extremos, y una hendidura en la parte central. Los otros dos objetos eran fácilmente reconocibles, pero este último... ¿Qué demonios era ese cacharro?

También había algo de tierra seca, rojiza y de origen arcilloso, pero solo en el habitáculo donde se encontraba el portal, en el resto de habitaciones no. Esto llamó bastante la atención del personal, ya que el suelo de esa dependencia era de piedra (como ya habíamos dicho se trataba de una cueva) y resultaba realmente chocante el hecho de que hubiese pedazos del suelo manchados con tierra. ¿Provenía del otro lado? ¿Esta tierra que manchaba la cueva procedía del interior del portal?

Y, bueno, aparte de todo lo mencionado, se encontró también lo que a la postre fue probablemente el hallazgo tecnológico más importante de todos los tiempos... ¿De qué se trataba? Pues, ¿recordáis esa luz que emergió de las escaleras cuando abrieron la trampilla en la sala superior? ¡Sí! ¡Esa luz que iluminaba las dos salas inferiores! Sí..., esa luz..., pues provenía de unos artilugios colocados en las paredes de la segunda y la tercera sala que emitían una luz blanca permanente. Pero, ¿resulta que esos emisores de luz no estaban conectados a ningún tipo de corriente ni energía! Parecía como si fuese, una fuente independiente de iluminación, independiente e ¿ilimitada? Porque... ¿no existía ningún tipo de interruptor! ¡Ni mando de control! ¡No se podían apagar! Y a todo esto, ¿cuánto tiempo llevarían encendidas?

Estos misteriosos y fascinantes objetos fueron bautizados enseguida como «antorchas de luz infinita», y, cómo no, una de ellas viajó de vuelta a la tierra para ser estudiada.

Con todo esto (que no era poco), la tercera misión a la Luna regresó a la Tierra. Acabábamos de entrar en la década de los 70, había que tomar una decisión, y le tocaba tomarla a la persona con más rango de aquellos que tenían constancia y conocimiento de esta importante y secreta misión. Ese no era otro que el Sr. Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos por aquel entonces, y Nixon decidió que el mundo no estaba preparado para conocer esta noticia. Bajo su punto de vista, la humanidad no debía saber (por el momento) la existencia de esa estructura lunar ajena a nuestra raza, ya que denotaba la presencia de otro tipo de vida, y, por lo visto, más inteligente que nosotros... La construcción de la cúpula, la tecnología de la antorcha de luz... ¡NO!

El presidente Nixon no vio oportuno que la humanidad conociese nada de eso... ¡Y mucho menos que conociésemos el hallazgo de un portal a Dios sabe dónde!

Las tres siguientes misiones a la Luna (hasta la sexta, que fue oficialmente la última en 1972) fueron, en primera instancia, un despliegue militar armado permanente para la vigilancia absoluta 24 horas al día del portal, pero también un primer contacto *in situ* de científicos, ingenieros y lingüistas, para estudiar todos y cada uno de los aspectos y detalles de la cúpula. Muy pronto se tuvo la necesidad de disponer de multitud de equipos y maquinaria tanto para la defensa como para el estudio de la estructura, y los ingenieros empezaron a diseñar una ampliación para poder añadir rápidamente más salas, y así albergar mucho más personal y almacenaje.

A estas alturas todos sabemos que Nixon tuvo que dimitir del cargo, pero, antes de hacerlo, decidió crear un departamento secreto y totalmente independiente a cualquier tipo de organismo gubernamental. El propósito principal de esta agencia era salvaguardar el portal de cualquier intrusión alienígena, ocultar al mundo su existencia, y descifrar los jeroglíficos con el fin de entender qué es lo que había al otro lado, por si llegaba el momento en un futuro de cruzar el portal.

Esta agencia, que se bautizó con las siglas CCCL (Centro de Control y Conservación Lunar), estaba dirigida por un comité compuesto por nueve miembros. Estas personas provenían de campos totalmente diferentes unos de otros, elegidos así deliberadamente para que tuvieran un enfoque de las cosas distinto al resto de los miembros... El objetivo era que pudiesen complementarse entre sí. Fueron escogidos por sus específicas cualidades, y había tanto militares como científicos; eruditos, pensadores, e incluso grandes empresarios y visionarios. Todos ellos se encargaban de tomar las decisiones que afectaban al personal de la Luna.

Han pasado ya cincuenta años desde que se descubrió el portal. Durante estas cinco décadas se han realizado veinticinco misiones más, todas ellas secretas. Aproximadamente cada dos años se produce el cambio de personal, que rota de forma constante. Nadie pasa más de dos años seguidos en la base, salvo alguna muy rara excepción. Únicamente la importancia vital de un trabajo concreto y específico a realizar ha obligado a algún técnico a prorrogar su estancia y pasar cuatro años consecutivos, pero realmente se pueden contar con los dedos de una

mano las personas que lo han hecho durante los cincuenta años de la historia de la base. Si cualquier operario o militar ha repetido experiencia por segunda vez siempre ha sido tras un período de descanso de dos años en la Tierra. Este hecho sí que es bastante habitual, hay numerosas personas que han subido dos e incluso tres veces a la Luna tras los periodos de descanso en nuestro planeta, siempre por su importancia en los distintos proyectos en vigor o también debido a su actitud y voluntariedad. Aunque la mayoría del personal en un solo ciclo de dos años deja finalizadas sus funciones y ya no es necesario que regresen nunca más.

Por el contrario, otros muchos simplemente no se aclimatan a la vida en la Luna, y, pese a que se lo ofrecen, deciden no repetir experiencia. En estos casos, algunos de ellos colaboran activamente desde el CCCL en la Tierra y siguen desde aquí sus investigaciones.

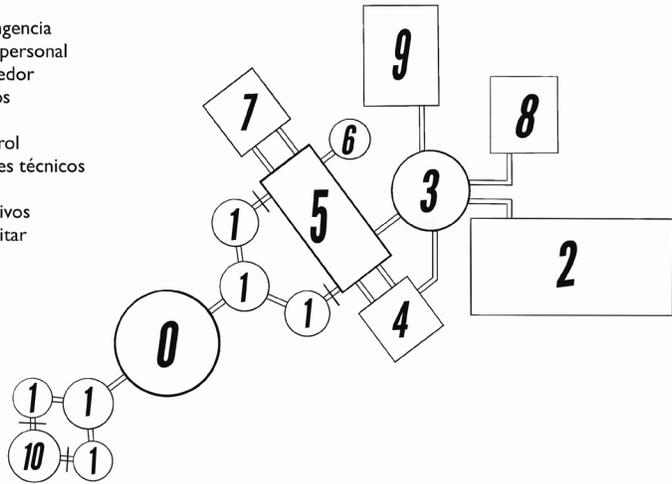
Durante todos estos años, uno de los objetivos principales ha sido expandir la pequeña cúpula inicial con diversas construcciones adheridas a ella. Estas construcciones, interconectadas la mayoría de ellas entre sí por pasillos, son llamados «módulos».

La Zona 0 es la cúpula descubierta inicialmente. Abajo, la sala del portal siempre está vacía y cerrada herméticamente por precaución, vigilada constantemente por las mejores cámaras de seguridad. En la sala contigua a la del portal está emplazado el primer asentamiento militar de vigilancia y contención. 24 horas al día por turnos, varios militares hacen guardia para que, en caso de intrusión, se pueda actuar al instante. Y arriba, en la entrada a la cúpula, otro turno está emplazado permanentemente como apoyo por si la planta de abajo necesitara ayuda en una emergencia.

Existe un plan de contingencia ante un hipotético caso de intrusión externa hostil imposible de contener. Hay explosivos colocados en la sala del portal que podrían ser detonados como último recurso para contener un ataque.

Fuera ya de la Zona 0, si nos posicionamos en su única puerta de entrada, tenemos a la izquierda cuatro módulos, y tres de ellos son «módulos 1». Estos módulos son exclusivamente retén militar, y, al igual que los de la cúpula, solo están de apoyo ante un caso de intrusión. Pero con una salvedad, ellos no podrían ayudar a los militares de la Zona 0, tienen prohibido acceder a esta zona en caso de hostilidad, únicamente tienen autorizada la defensa armada a discreción desde su puesto si los invasores saliesen de la cúpula.

- 0. Portal
- 1. Defensa y contingencia
- 2. Esparcimiento del personal
- 3. Cocina y comedor
- 4. Dormitorios
- 5. Oficinas
- 6. Sala de control
- 7. Almacén de materiales técnicos
- 8. Despensa
- 9. Granjas y cultivos
- 10. Almacén militar



BASE LUNAR

Detrás de estos tres módulos, muy bien resguardado, se encuentra el módulo 10. Este es el almacén militar, poco hay que explicar al respecto, salvo quizás que existen dos puertas acorazadas que separan los módulos 1 del almacén, y, en caso de «caigan» la Zona 0 y el primer módulo 1 por un ataque, se pueden cerrar permanentemente estas puertas para que nadie tenga acceso al arsenal del almacén.

El resto de módulos se encuentran en la parte contraria, y son totalmente independientes a esta zona. Por seguridad, nadie más que el personal militar puede tener acceso a las armas; de ninguna manera el personal civil jamás ha pisado ni pisará estos cuatro módulos.

Hasta la Zona 0 en cambio sí que pueden llegar los civiles con un permiso especial y bajo la supervisión militar. De hecho, es de lo más habitual. Tanto ingenieros como lingüistas acceden a menudo para el estudio de los jeroglíficos o para realizar nuevas implantaciones de seguridad, pero más allá de la Zona 0... ¡no pueden pasar!

Por el otro lado de la cúpula, lo primero que nos encontramos son (de nuevo) los tres módulos número 1 de contención militar con la misma utilidad, y con otras dos puertas acorazadas que pueden sellar el paso en caso de intrusión al siguiente pabellón, que no es otro que el módulo 5.

El módulo 5 son las oficinas. Allí es donde se desarrolla toda la actividad, todo el material tecnológico para comunicarse con la Tierra está

aquí. Es donde trabajan todos los ingenieros, científicos, lingüistas..., en fin, es la base de operaciones. Realmente parece una oficina normal... Y los lunes les toca fichar y trabajar, como a todo el mundo, ¡solo que en la Luna!

Desde aquí se informa de cualquier novedad al CCCL en la Tierra a diario, ¡aunque la novedad sea que no hay novedad! Además, siempre se está en contacto directo y permanente debido a que el estudio lingüístico de los jeroglíficos se efectúa conjuntamente desde la Tierra y la Luna. El personal que alguna vez ha trabajado en la base lunar, a la vuelta, prosigue con el estudio junto con las personas que en la actualidad operan en la estación lunar. El más alto responsable militar de la base también está en contacto diario con el comité del CCCL.

A ambos lados del módulo 5 se encuentran los módulos 4 y 7: el número 4 es donde se encuentran los dormitorios del personal, y el 7 es un almacén que se subdivide a su vez en dos, una parte para materiales tecnológicos y la otra para materiales de construcción y herramientas.

Desde el módulo 5 también se accede al número 6, la sala de control de la estación lunar. Desde aquí se dirige el correcto funcionamiento de todos y cada uno de los aspectos de la base, accesos mecánicos de todas las puertas, agua, aire... Es el corazón de la estructura.

El último pasillo por describir que sale desde las oficinas nos lleva al módulo 3, cocina y comedor de la base. Desde aquí, cuatro pasillos que nos comunican con cuatro módulos más, el primero de ellos nos lleva al número 4, el de los dormitorios antes mencionado. El segundo, al módulo 2, que es un gran habitáculo destinado al esparcimiento del personal, una gran sala diáfana en la cual sin necesidad de paredes interiores se distinguen diferentes zonas para el ocio de los habitantes de la estación. Tenemos una —muy pequeña— cancha de baloncesto, un rincón destinado a los videojuegos, zona de *ping-pong*, una sencilla aunque funcional cafetería con mesas y sillones, un gimnasio no muy grande pero suficientemente equipado... Y poco más que mencionar en esta gran sala, salvo, claro está, que dentro de este mismo módulo existen dos dependencias más, pero independientes y separadas entre sí. La primera es una sala de cine con proyecciones diarias, y la otra... ¡Es una impresionante habitación con las paredes y el techo transparentes! Un precioso mirador de la superficie de la luna para los que les gusta relajarse admirando la grandiosidad del espacio profundo... ¡Algo realmente espectacular!



El ocio es una parte muy importante para que los integrantes de la base lunar puedan soportar una estancia de dos años lejos de sus hogares. Por eso, los fines de semana se realizan unas excursiones que se han vuelto de lo más populares, se trata de salir al exterior y explorar la luna durante un rato. ¡Prácticamente a todos les encanta ponerse el traje espacial!, sentirse un verdadero astronauta y disfrutar de la ingravidez que tan pocas personas han podido experimentar... Todo aquel que lo desee puede inscribirse en estos paseos espaciales, también se efectúan viajes en grupos, a veces simplemente andando por los alrededores de la base, y, de vez en cuando..., ¡montados en un vehículo lunar con el fin de explorar y caminar por zonas más lejanas! Este tipo de excursiones siempre están ubicadas en la cara oculta de la luna, está prohibido por el CCCL visitar la cara visible desde la Tierra, por seguridad...

Aunque evidentemente el resto de países con programa espacial tienen conocimiento de la existencia de esta base, y colaboran de forma activa (y secreta) con el CCCL, deben tener mucha precaución de no exponerse a los ojos de la humanidad. Cualquier movimiento por la cara visible, podría, quién sabe, ser detectado por alguna agencia no gubernamental o simplemente por algún curioso con un gran telescopio.

Continuando con la presentación de la base... El tercer pasillo del módulo 3 nos lleva al número 8, el almacén de alimentos. Y el último nos lleva al módulo 9, que son las granjas y cultivos. ¡Efectivamente! ¡Ya producimos alimentos en la Luna! Se ha invertido mucho tiempo

y dinero en poder hacer sostenible esta estructura lunar, y la comida (evidentemente) fue uno de los puntos más importantes al principio... Finalmente, y tras muchísimo esfuerzo, se ha conseguido cultivar muchos tipos de verduras y hortalizas, dando así sustento básico al personal de la base sin necesidad de ayuda externa.

Evidentemente, en cada llegada de los transbordadores espaciales para la renovación del personal viene una partida importante de aprovisionamientos para los dos próximos años, muchísima comida preparada y al vacío, también mucha enlatada, al igual que carne ultracongelada. En fin, todo lo que necesitan y no puede conseguirse todavía en un supermercado en la Luna...

Los envíos desde la Tierra siempre son abundantes, con el fin de ir almacenando en el módulo 8 cada vez alimentos, por si alguna vez hubiera algún problema de envío o tardaran más de la cuenta en realizar el viaje. Siempre se ha pretendido que la base tuviese la mayor autonomía posible. De este modo, con muchísimo esfuerzo, y a lo largo de los años, se ha logrado crear con éxito un asentamiento permanente en nuestra luna desde el año 1969 hasta la actualidad.

Realmente, tras tantas décadas, y debido a la ampliación que se ha realizado de forma constante alrededor de la cúpula inicial, la base lunar ha crecido mucho, tanto en superficie como en personal. Y poco a poco se ha creado una pequeña colonia lunar que va creciendo a medida que pasa el tiempo. La base ya tiene vida propia, con mucha gente, y con suministros de sobra de todo tipo. Podemos decir, sin exagerar, que tras estos cincuenta años de desarrollo ya se puede vivir perfectamente en estas instalaciones. ¡Podemos vivir en la Luna!

Una de las cosas más curiosas que han sucedido es que (como es normal) se han ido formado parejas entre el personal a lo largo de los años, y, como el periodo mínimo de estancia lunar es de 24 meses, ha habido varios casos en los que se han producido embarazos en la luna, y no solo embarazos, claro..., ¡también partos! De hecho, como a medida que pasa el tiempo hay más personal, cada vez es más frecuente y habitual este suceso. Esos pequeños afortunados desde el punto de vista histórico han sido llamados «terrestres lunares», y son los únicos seres humanos que han tenido la oportunidad y el privilegio de ver la Tierra desde el espacio antes de pisarla por primera vez.

Pero ya es momento de centrarnos en la historia del portal, que es para lo que se ha creado esta base. Durante la primera década, no hubo

ningún tipo de actividad desde el otro lado de esa extraña puerta interdimensional. La sala siempre ha estado monitorizada las 24 horas del día con un sistema de alarma que a la más mínima alteración dispara unas sirenas que tienen alcance en todas las dependencias de la base.

El comité del CCCL decidió en sus inicios no cruzarlo, no invadir nada ajeno..., ¡no arriesgarnos!, solo observar —vigilar más bien— que nada ni nadie cruzase el portal hacia nuestro lado.

Había mucho que estudiar antes de pensar en entrar, y mucho trabajo que hacer en la construcción de la base también; pero la raza humana es curiosa por naturaleza, y, conforme pasaba el tiempo, la tentación de cruzar ese umbral era cada vez más grande. Había mucho personal en la Luna que sentía la necesidad de traspasarlo, ¡había incluso voluntarios que se ofrecían a ello! Y el CCCL, conforme pasaban los años, se sentía cada vez con menos fuerzas de negar la entrada a esos valientes que pedían autorización para hacerlo una y otra vez.

Así que llegó un día, un día como cualquier otro, que, fuese por lo que fuese, ¡desde la Tierra dieron la gran noticia! ¡Había llegado el momento de interactuar con el portal! Por fin... ¡Había muchísima gente esperando ansiosa este día! Pero antes ni tan siquiera de pensar en que una persona lo cruzara, antes de dar ese histórico paso, debían realizarse diferentes pruebas. Había que tratar de saber primero (si era posible) si se podía pisar más allá, si se podía respirar... ¿Qué habría al otro lado? ¿Podían verlo antes de cruzarlo? Pues... ¡en teoría sí!

Lo primero que se envió desde nuestro lado del portal fue un robot con una cámara incorporada, dirigido por control remoto. En él se habían puesto todas las esperanzas para que nos diera la primera visión de ese otro lado desconocido, y, nada más cruzarlo, se perdió toda señal con el robot. ¡No respondió! ¡No volvió! Y nunca más se supo de él. «Gran comienzo», pensaron todos. Pero este tremendo y desilusionante fracaso no frustró ni mucho menos al personal de la base, ya que llevaban muchísimos años esperando este momento, esperando la oportunidad de poder estudiar el portal, y la curiosidad lo podía todo.

Los ingenieros trataban de buscar una solución para poder enviar cuanto antes un segundo robot, pero por supuesto que no sucediese lo mismo esta vez. Para ello necesitaban otro sistema, otro sistema de comunicación para que no perdiese la señal, y, sobre todo, para que el robot regresase a la base, así que, entre tantas mentes pensantes, fue un militar quien de repente dijo:

—¿Y por qué no le atamos una cuerda y lo hacemos volver nosotros?

Tras las primeras risas, los ingenieros se dieron cuenta de que aquel militar había dado con una solución tan simple como efectiva. Finalmente no fue una cuerda, pero sí un cable de acero con un motor que lo traería de vuelta esta vez.

¡Y así se hizo! Se fabricó un segundo robot idéntico al primero, no se tardó mucho en hacerlo, prácticamente ya tenían acabada la segunda unidad cuando entró la primera en el portal. Así que en cuestión de pocos días se pudo enviar esta segunda máquina debidamente sujeta a un motor que suavemente tiraría de ella cuando llevase unos minutos dentro. Sabían (por la experiencia anterior) que no tendrían control sobre el robot cuando estuviese en el interior del portal, así que simplemente la idea era dejar que las diferentes cámaras instaladas grabaran unos minutos, que los dispositivos atmosféricos hicieran su trabajo para evaluar el aire, y luego tirar de él suavemente de vuelta a la base, para la posterior lectura y el estudio de los datos recabados.

El segundo robot entró de nuevo por control remoto en el portal, y, al igual que pasó la primera vez, en cuanto lo hizo perdió toda conexión con la base. Tres fueron los minutos que esperaron los técnicos antes de dar la orden para que lo hicieran regresar. El motor hizo su trabajo y lo trajo de vuelta, no se encontró resistencia alguna para hacerlo volver, regresó totalmente intacto. ¡Era fascinante! Todos los técnicos y militares de la sala estaban totalmente perplejos al verlo de vuelta. ¡Estaban ansiosos por ver qué información traía consigo!, pero... no hubo datos que estudiar, los dispositivos tecnológicos del robot estaban totalmente fritos. Cámaras, placas, chips, ¡nada! ¡Absolutamente nada funcionaba del robot! Por eso se perdió la señal ambas veces al entrar al portal... Parecía ser que un campo magnético anulaba todos los sistemas y señales.

¿Y ahora qué? Seguían a ciegas, no tenían ninguna información de qué era lo que podía haber al otro lado. No sabían si existía una atmósfera adecuada para nosotros, lo que sí sabían era que había algo. El robot traía polvo en las ruedas. ¡Polvo del suelo del otro lado! Bueno..., algo es algo, el problema era que no había manera posible de determinar si se podía enviar a un ser humano sin peligro de que muriese nada más cruzarlo. Y eso era asumir demasiados riesgos. ¡No era una opción viable todavía! Entonces, ¿cuál era el siguiente paso? Quedaba descartado por completo volver a enviar ningún tipo de dispositivo tecnológico. ¿Para qué? Era totalmente inútil. Así que parecía obvio para todos cuál

iba a ser el siguiente paso: ¡habría que enviar otra cosa! ¿El qué? Pues le tocaba el turno a un animal...

La base contaba con un gran grupo de animales de laboratorio para estudiar su conducta tan lejos de la Tierra y sobre todo para evaluarles en periodos de tiempo tan prolongados en el espacio. La idea era simple: atar con un arnés a uno de estos animales y hacerlo volver minutos más tarde. Un perro fue el elegido para tan trascendental misión, hay que decir que el «afortunado» de emprender esta aventura, en cuanto se vio atado y plantado delante de aquella extraña puerta..., ¡no tuvo intención ninguna de cruzarla! El *golden retriever*, que desde luego demostró que tonto no era, ¡no quiso saber nada del tema!, así que, como voluntariamente no hubo forma de invitarle a entrar, finalmente tuvieron que lanzarlo en brazos a través del portal, un acto un poco rudo y quizás demasiado drástico, ¡sí!, pero necesario. Lo que no hizo falta fue tirar del arnés para hacerlo volver, porque, cuando apenas llevaba tres escasos segundos en el interior, el pobre animal regresó del portal de nuevo hasta la base de un enorme salto.

Había ido y había vuelto, ¡y no parecía tener ningún problema físico! ¡Primer contacto conseguido! Aunque, claro, tres segundos les pareció poco para poder cerciorarse de si la atmósfera era respirable, y, para estar seguros, volvieron a repetir la operación. Desde la base juraron y perjuraros que, si la primera vez el *golden retriever* había permanecido solo tres segundos en el interior del portal, ¡esta segunda vez había regresado en dos!

En fin, estaba bien, el progreso era evidente, pero obviamente había que probar con otro animal menos temeroso... ¡y menos espabilado! Un conejo fue el segundo visitante, lo lanzaron con mucho cuidado y a poca altura. Por la nula movilidad del arnés, entendieron que el animal se había quedado inmóvil, y así fue, se quedó quieto justo en el punto en el que cayó. Pasado solo un minuto, se le arrastró de vuelta; ¡el animal estaba en perfectas condiciones!, hecho que alentó muchísimo al personal. ¡La atmósfera parecía óptima, y el terreno no debía ser hostil!

Ese mismo conejo fue lanzado en repetidas ocasiones —¡una y otra vez!—, y se observó que en cada intrusión que hacía el animal al otro lado del portal se movía con más fluidez, ¡y cada vez usaba más cuerda! ¡Se estaba desplazando por el interior! En todas las ocasiones volvió intacto.

Un estado de júbilo absoluto invadió la base, y no solo ese día... ¡Durante semanas!

Y llegó el momento, lo que se pedía a gritos, lo que todo el mundo llevaba años esperando: desde el CCCL se aprobó la primera incursión humana en el portal; por fin. ¡Estábamos a punto de hacer historia! Y el encargado de convertirse en leyenda fue el capitán Johnson. Era el máximo responsable militar de la base lunar en aquella época, y, pese a que desde la Tierra le aconsejaron delegar esa primera misión de reconocimiento en un rango inferior, él se negó rotundamente a poner en riesgo a ninguno de sus hombres y aceptó la responsabilidad personalmente.

El capitán Johnson era un veterano en la base, esta era ni más ni menos que su tercera misión en la estación. En su primera visita a la Luna era un simple soldado raso, pero supo amoldarse de forma excepcional a la vida en la base, y resultó ser muy productivo en el desempeño de sus funciones. Era una persona que sabía resolver problemas, y, además de acatar muy bien la cadena de mando, era íntegro y un grandísimo militar. Parecía que llevaba en la sangre el liderazgo, y la rutina de trabajar en la luna se le daba realmente bien. Tanto fue así que su actitud y constancia no pasaron inadvertidas para sus superiores, y, al final del período de los dos años de estancia establecida en cada viaje, el aún soldado Johnson ya había sido ascendido, y se ocupaba de dirigir a gran parte del personal. Por aquel entonces era el capitán Harris quien comandaba la estación lunar, y prácticamente le había convertido (de forma no oficial) en su segundo al mando cuando regresaron a la Tierra.

Tras los dos años siguientes de relevo, ofrecieron al capitán Harris volver a la Luna para dirigir de nuevo la estación durante el siguiente ciclo. Harris accedió, pero pidió expresamente que el soldado Johnson fuese «su segundo» en ese período. Johnson, que por aquel entonces ya era teniente, fue ascendido nada más volver de su viaje por las recomendaciones del capitán, y accedió gustoso a tal honor. Realmente soñaba con volver a la Luna desde el día que pisó la Tierra.

Tras este segundo viaje, por su conducta ejemplar, Johnson fue ascendido a capitán en su regreso a la Tierra, y, tras el siguiente ciclo de los dos años pertinentes de descanso, le ofrecieron subir a la Luna por tercera vez, pero esta vez... ¡para dirigir la estación como capitán al mando!

El capitán Johnson era muy querido por todo el personal en la base lunar. Era una persona justa, el mando no había hecho de él un militar prepotente, trataba a la gente con respeto, y rara vez tuvo que imponer

su autoridad. Sabía dirigir y motivar, a la vez que creaba un clima de trabajo muy agradable; tenía un don para liderar, y la gente se sentía muy a gusto bajo su tutela.

Pasaron muy pocos días, apenas una semana, desde que entró el primer animal hasta que se aprobó oficialmente por el CCCL la entrada del capitán Johnson, y al día siguiente de la aprobación ya estaba todo listo para su esperado e histórico acceso. Pese a que la vida al otro lado del portal parecía viable, no podían correr riesgos, por lo que el capitán iba enfundado con el traje de astronauta y debidamente armado con fusil automático, pistola y cuchillo. También llevaba un equipo de medición atmosférica, aunque daban por hecho que probablemente dejaría de funcionar una vez traspasado el portal por las pasadas experiencias, y que tendría que ser él, bajo su criterio, el que debería decidir si quitarse el traje o no al otro lado.

Había llegado la hora. El capitán tenía órdenes de entrar para hacer un primer reconocimiento inicial básico, detectar algún posible peligro, confirmar la atmósfera, y regresar inmediatamente para informar. Estaba todo monitorizado a tiempo real con el CCCL, quienes veían la señal de la cámara del portal en directo. ¡Todo listo! Un ser humano, tras tantos años, ¡iba a cruzar por fin el portal!

¡Y el capitán... entró!

Pasaron varios minutos, tensos y larguísimos minutos, ¡pero había movilidad en el arnés! Sabían que estaba desplazándose y reconociendo el terreno, por lo tanto, todo parecía ir bien; pero al poco tiempo el arnés se quedó quieto, inmóvil... ¿Qué había sucedido? ¿Se había detenido? La hipótesis principal durante esos inquietantes segundos en los que no sabían nada del capitán Johnson fue que (probablemente), al no detectar peligro alguno, se habría deshecho tanto del arnés como del traje. Debía de ser eso, ¿no?, pero el caso es que seguían pasando los minutos, y el capitán no volvía.

Tanto en la base como en la Tierra todo el mundo empezó a inquietarse, y a los pocos segundos esa inquietud se transformó en nerviosismo, para acabar convirtiéndose en histeria. No sabían si quizás el capitán podría estar herido o inconsciente.

—¡Tirad de la cuerda! ¡Traedlo de vuelta! —gritaron desde el CCCL.

Con suerte aún permanecería atado al arnés, así que rápidamente decidieron arrastrarlo hasta el interior. ¡Pero el extremo del cable volvió vacío! ¡Sin traje... y sin el capitán!

Un estado de nerviosismo absoluto invadió a todos los presentes, pero decidieron tener esperanza. ¡Había que confiar en el capitán! ¡Había que confiar en que regresaría! Así que quisieron creer que quizás estaba explorando, y que, aunque tenía órdenes de volver enseguida, el capitán había hecho oídos sordos y había decidido por su cuenta y riesgo alargar (un poco más de lo previsto) su primera exploración. Entonces decidieron volver a lanzar el cabo suelto del cable al interior del portal por si podía ayudar de alguna forma en su regreso; pero no fue así. Pasaron horas y más horas, y no regresaba. Los militares presentes en la sala quisieron entrar a buscar a su capitán; ¡algo malo le había pasado, estaban seguros! Necesitaba ayuda, pero, pese a la insistencia y perseverancia en las súplicas de los subordinados de Johnson, una y mil veces el CCCL les denegó al acceso, por seguridad. No podían arriesgarse a perder a nadie más.

Las horas siguieron corriendo, hasta que finalmente transcurrió un día entero sin ninguna novedad. ¡El capitán Johnson jamás salió del portal! Nunca más supieron de él.

Este trágico y doloroso suceso conmocionó a todo el mundo. Tanto en la base lunar como en la Tierra todo el personal entró en *shock*. Oficialmente, desde el CCCL, al tercer día se le dio por «muerto o desaparecido». Como es normal, hubo miles de hipótesis, hubo gente que insinuó que quizás estaba vivo y simplemente había desertado al ver una ocasión. Hubo mucha polémica al respecto, y también enfrentamientos tanto verbales como físicos, porque quien lo conocía sabía a ciencia cierta que el capitán Johnson era un hombre de honor, entregado a su trabajo y a sus hombres, y su gente no permitió que nadie ni tan siquiera se plantease ensuciar su nombre, y más de un labio roto y un ojo morado daban testimonio de ello en la base.

Estos subordinados y fieles amigos del capitán Johnson pidieron encarecidamente que se les permitiese entrar en grupo para realizar una operación de búsqueda y rescate. No tenían miedo de lo que pudiese haber en el interior. ¡Y querían por encima de todo encontrar a su capitán!

No es que no lo hubiesen pensado desde el CCCL, ¡por supuesto que lo habían contemplado!, ¡se trataba del capitán Johnson, coño!, ¡querido y admirado por todos!, pero existía un conflicto y discrepancia sobre este tema. Los nueve miembros que regían el consejo no estaban de acuerdo, y se tuvo que someter a votación. Por una mayoría de 6-3 se

decidió no entrar al portal; es más, se decidió que quedaba totalmente prohibida la entrada por tiempo indefinido, y esto fue una losa para el personal lunar. El capitán Johnson pasó a ser una leyenda, a la vez que un misterio.

Pero transcurrieron los años, y con el cambio de personal constante y la consiguiente renovación prácticamente íntegra de la gente que hubo durante aquel incidente, la prohibición de entrar al portal dejó de ser un problema, simplemente era lo normal, y se dedicó la siguiente década a diversos estudios muy importantes para el ser humano y para la investigación del mismo portal.

Por un lado, desde la base lunar se estudiaba principalmente el texto existente en las paredes, pues era mucho más sencillo hacerlo *in situ*. Por otro lado, desde la Tierra (donde se disponía de más medios) se encargaban del estudio y análisis de los objetos que se encontraron en la primera visita a la base: la antorcha y el extraño artilugio metálico con forma de *boomerang*.

En referencia a la antorcha, no hubo demasiado que estudiar. Había dos tipos: una pequeña que emitía una luz intensa y de alcance moderado, un objeto de mano que bien podíamos definir como una especie de linterna; y la más grande, la antorcha, que era capaz de iluminar de sobra una gran habitación. Y el misterio no era otro que un mineral cristalizado totalmente desconocido para el ser humano, un mineral extraterrestre que poseía la cualidad de emitir luz perpetua y no extinguirse jamás; algo increíble, pero nada sobrenatural: ¡era ciencia! El problema es que no había forma de simularlo o copiarlo, ese mineral era único, y por desgracia no existía nada parecido en nuestro planeta. No sabían si se encontraba detrás del portal o no, si se encontrase allí... ¡Podría cambiar nuestro mundo con su energía infinita!

Y en cuanto al objeto metálico, desconocían tanto su procedencia como su utilidad. Estaba compuesto por un elemento químico que lamentablemente no se encuentra en nuestra tabla periódica, así que lógicamente hablábamos de otro objeto extraterrestre; un metal increíble, totalmente irrompible, indestructible, pero con flexibilidad si le aplicabas el calor adecuado. De nuevo, algo nunca visto en nuestro planeta.

Era mucho más duro y maleable que nuestro acero. ¡Muchísimo más! El objeto en sí no parecía un arma, ya que no tenía ninguna parte afilada. Pero, independientemente de la forma, si hablábamos estrictamente del material, desde luego que podía utilizarse tanto para armas blancas

como para proyectiles. Ahora bien, dejando de lado el uso militar que se le podría dar, lo cierto es que en grandes cantidades significaría toda una revolución en el mundo de la construcción.

El *boomerang* tenía claramente dos empuñaduras, una en cada extremo, y, en el centro, una hendidura redondeada, como si estuviera diseñado para descansar o ser apoyado sobre algo; pero lo más importante para el CCCL era el texto jeroglífico... ¡Había que descifrarlo! Era prioritario saber qué ponía y quién demonios lo había escrito. El despliegue y los medios para esta tarea eran inmensos, la mayoría del personal en la base lunar se dedicaba en exclusividad a dicha misión, y en la Tierra también se reclutó a gente de todo el planeta para resolverlo. A día de hoy todavía trabajan de forma conjunta y sin descanso.

Durante los primeros años hubo muchos errores e hipótesis fallidas. Había diferentes equipos estudiándolo para tener diversos puntos de vista, y entre unos y otros iban descartándose las teorías. Resultó muy frustrante, hasta que se descubrió un patrón y pudieron, poco a poco, ir añadiendo símbolos a este esquema inicial. Cuando esto ocurrió, ¡todo empezó a tener sentido! Los equipos se unificaron y todo el personal comenzó a trabajar en la misma dirección. Todo esto costó nada menos que dos décadas, ¡y lo peor es que estamos muy lejos aún de descifrarlo!

Todavía a día de hoy continúan estudiando sin descanso. Pese a los avances anteriormente mencionados, apenas hay descifrado un 40 % de la totalidad del texto, y eso tras cincuenta años... ¡Frustrante! Pero hemos conseguido descifrar fragmentos y algún párrafo casi completo. Algo es algo, y, de hecho, se pueden interpretar muchas cosas interesantes ya.

El texto habla de una raza de seres superiores que por lo visto existe prácticamente desde que se creó el universo. Desde el inicio de todo. Desde poco después del Big Bang. Desde hace cientos de millones de años, cuando nuestro sistema solar todavía no existía, cuando ni tan siquiera nuestra Vía Láctea había nacido. Por lo visto son los primeros habitantes del universo. ¡O eso es lo que parecen querer contarnos al menos! Se interpreta que el texto está escrito en primera persona, que fueron ellos los que lo escribieron, y que, por tanto, están describiéndose y dándose a conocer para regalarnos a nosotros esa información. Se refieren a ellos mismos como seres pacíficos, observadores y creadores de vida; algo alentador, y tranquilizador también...

Se dedican a observar el universo, desde el principio, desde la creación, sin intención de alterarlo, pero sí que hacen referencia en numero-

sas ocasiones de una «ayuda puntual» a un planeta cuando es necesario, solo cuando la supervivencia de su raza principal corre peligro por lo visto, pero siempre y cuando ellos lo consideren beneficioso para el resto del universo. Curioso... ¡y muy lejos de nuestro entendimiento!, pero eso es, a grandes rasgos, lo que hemos podido descifrar de esas paredes durante todas estas décadas.

Nos cuentan también que hay billones de galaxias, con millones de estrellas y sistemas solares dentro de ellas, y cientos de planetas habitables en cada galaxia. ¡Esos son muchos planetas! Afirman que existen muchísimas formas de vida y de muy distintos tipos. Unas viven desde hace mucho tiempo, mientras que otras tienen una corta existencia, como sería el caso de la nuestra.

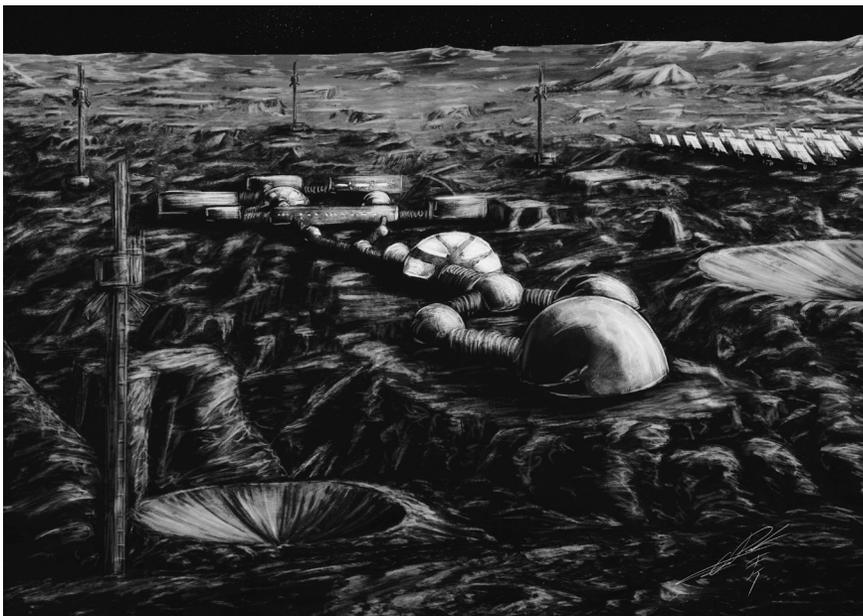
¡Esos jeroglíficos en las paredes nos hablan a nosotros! ¡A la humanidad! Nos detallan que nuestra raza en concreto podría subsistir en muchísimos planetas similares a la Tierra si tuviéramos el conocimiento adecuado para viajar a través del espacio, ¡y finalmente nos hablan del portal! Nos explican lo que es, nos dicen que nos entregan una puerta a un planeta similar al nuestro; pero no explican por qué, o quizás lo expliquen en la grandísima parte que todavía nos falta por descifrar.

Cada pequeño descubrimiento que se hace en el texto es un gran acontecimiento en la base. Todo el mundo está volcado en cuerpo y alma en este proyecto, y entusiasmado con la información que se está obteniendo día tras día.

Por cierto, no sabemos todavía cómo se hacen llamar estos seres, no sabemos dónde viven, ni tampoco si algún día volverán a esta base. ¿De verdad son tan pacíficos como parecen? ¿De verdad si cruzamos el portal entraremos directamente a un planeta similar al nuestro? Prácticamente lo desconocemos aún todo, pero una cosa es segura: estamos trabajando muy duro para seguir avanzando en la investigación, y, tarde o temprano, ¡lo averiguaremos todo!

CAPÍTULO 2

EL CAPITÁN KAY



En la actualidad, la base lunar está comandada y dirigida por el capitán Kay, un militar que lleva la vida entera dedicándose a este proyecto, y cuando digo la vida entera, es su vida entera. Se trata de un terrestre lunar. El actual capitán fue uno de esos pequeños afortunados que nacieron en la Luna, y fue fruto de una relación entre un soldado y una científica. Esto ocurrió a mediados de los años 80, sus padres se conocieron y se enamoraron en la base, allí mismo se casaron, y su madre dio a luz poco antes del relevo, a solo un par de meses de volver